

Alexander Jiménez M.

LA INOCENCIA Y EL MAL EN LA OBRA DE ALBERT CAMUS

Summary: *Albert Camus bases his moral and political concerns on presumptions that imply a "metaphysical" judgement of the world. His work ranks in two levels of reflection, the metaphysical and the political-moral, that are interlocked one with each other. The article seeks to point out this binding using as a pretext the theme of the evil and the human innocence.*

Resumen: *Albert Camus asienta sus preocupaciones morales y políticas sobre presupuestos que implican una valoración "metafísica" del mundo. Su obra se mueve siempre en dos niveles de reflexión, el metafísico y el político-moral, que se suponen el uno al otro. El artículo pretende resaltar esta vinculación utilizando como pretexto el tema del mal y la inocencia humana.*

1. Dos niveles de reflexión

Hay obras que solo reclaman para sí el derecho de sugerir y evocar. Generalmente, ellas no tienen el carácter de grandes soluciones. Por eso, se dan pequeñas libertades que, a veces, las hacen parecer más bien frutos de un pensamiento ocioso. Nada proponen y nada aclaran. Vuelven una y otra vez sobre lo mismo sin definir nada. En sentido estricto, estas obras no hacen, ni quieren hacer, sistema. No porque esto sea malo sino porque el espíritu de quien las hace no les da para hacerlo.

La obra de Albert Camus está hecha así, como una enorme evocación de los males de su tiempo. Claro que por los mismos años otros lo hicieron de otro modo; pero a él, su temperamento filosófico no le permitió ensayar otros caminos. Sean cuales sean las razones de esta inclinación, por demás

importantes aunque no aquí en este artículo, lo cierto es que en su obra es más lo que se sugiere que lo que se aclara de un modo definitivo. Quizá la imagen que mejor la representa es la del señuelo. Ella enseña al mismo tiempo que esconde.

La obra de Albert Camus se mueve siempre en dos niveles de reflexión: el metafísico y el político moral. El término "siempre" aquí no es gratuito. Está puesto para evitar y juzgar, a la vez, la tendencia de separar tales campos en dos períodos cronológica y temáticamente irreconciliables. En realidad, lo normal es hablar de una superación. Se dice que las preocupaciones de corte metafísico, propias del período del absurdo, son superadas por las inquietudes morales y políticas, propias del período de la rebelión; pero es lo mismo. Hay una separación que parece ineludible.

Es cierto que el propio Camus parece cooperar, con ciertas insinuaciones y cambios de énfasis (1), en la justificación de la tesis que este artículo pretende negar. Por ejemplo, entre la propuesta moral del *Mito de Sísifo* y la que aparece en el *Hombre Rebelde* se nota una transformación que es innegable. Mientras en aquel los hombres se escandalizaban de un mundo ajeno a la claridad y la unidad, en éste el escándalo está dado por el modo en que los hombres se matan o se causan dolor. El hombre absurdo es un extrañado. Aún de sí mismo. El rebelde, en cambio, anhela devolver a este mundo y estos hombres lo que les ha sido negado. Sin embargo, aunque la diferencia de tono es notable, no es suficiente para afirmar una ruptura tajante entre los dos modelos de hombre y, menos aún, entre los dos niveles de reflexión ya mencionados.

Para no seguir más con el rodeo, el punto es que Camus asienta sus preocupaciones morales y

políticas sobre presupuestos que implican una valoración del mundo que podríamos llamar “metafísica”, aunque quizá sea mejor hablar de un clima “metafísico” que no desaparece nunca de su obra (x). En cualquiera de los dos casos, hay una vinculación insoslayable que este artículo pretende resaltar utilizando como pretexto el estudio del tema del mal y la inocencia.

2. Los pecados sin Dios

Uno de los críticos ha dicho que la obra de Camus es una suerte de meditación sobre el mal (2). Y el juicio es justo. Con la inclinación propia de su espíritu filosófico, él se animó a enfrentar esa escandalosa realidad del mundo y de los hombres. Sin embargo, la aseveración no es completa. Hay que añadirle que es una meditación sobre los límites de la inocencia y la culpabilidad humana, sobre cuánto se le puede reprochar al hombre la existencia del mal.

Es cierto que al hombre no se lo puede culpar indiscriminadamente de todos los desórdenes que acaecen en este universo sin luz; pero tiene una participación en ellos y eso hace posible designarle una cuota de responsabilidad. Ponderar esto fue algo que nuestro autor aprendió a hacer en el desarrollo de su obra. De hecho, una conquista del ciclo de la rebelión consiste en obviar la pregunta por el sentido de la vida, para destacar la que atañe al culpable de ciertas expresiones concretas del sinsentido. El absurdo es un mal sin culpable. En ese sentido, no requiere una explicación. Basta con describirlo, eso hace *El Mito de Sisifo*, porque en todo caso es indesterrable; pero hay males culposos que sí son transparentes a la conciencia y que exigen ser aclarados a fin de quitarles ese matiz de males necesarios que parecen tener. Ante el absurdo los hombres permanecen irreprochables. El es tristemente inevitable si se quiere ir lejos en la conquista de la lucidez; pero hay otros más dolorosos y definitivos quizás, de los cuales un hombre debe poder responder.

En el absurdo nadie responde por ese muro infranqueable entre un hombre que inquiere y un mundo que calla. Es una confrontación que oculta las razones que la explicarían (3). Es un mal que nadie puede juzgar porque el hombre es inocente y porque aparte de él no hay nadie más. Por eso Camus la llama “un pecado sin Dios” (4). En cambio, el ciclo de la rebelión señala culpas y culpables. El mal, entonces, comienza a tomar rostro humano. Deja de ser una confrontación “metafísica” y es

ahora desmesura (5). Como tal, es una realidad explicable y juzgable. Si en el origen de la rebelión hay un grito que exige lo que debe ser y ha sido negado, lo cierto es que esa voz alta se orienta hacia la maldad humana que se añade, como una cuota extra e innecesaria, al mal propio de lo absurdo.

3. El anhelo de la luz y de la unión

Como se ve, el absurdo encierra un cierto tipo de mal que es necesario precisar aún más. Para hacerlo, ayuda mucho aclarar algunos términos que aparecen por aquí y por allá en toda la obra de Camus. El primero de ellos es la conciencia. Algunas veces habla de ella como de un conocimiento de los límites de la condición humana. En este sentido, la conciencia vendría a ser el ámbito donde el hombre conoce qué le es exigido y qué le es esperable en el mundo sin porvenir. No por otra razón el hombre absurdo es el tipo ideal del hombre consciente. El conoce sus fronteras y vive, lúcida y por tanto trágicamente, dentro de ellas. Sin embargo, el término no refiere únicamente a ese triste saber. En ciertos contextos significa esencialmente un deseo por la unidad y la claridad. Aquí, la distinción con el primer sentido del vocablo es mínima. Pero no importa. A fin de cuentas, interesa menos distinguirlos ampliamente que utilizar este segundo significado para sacar ciertas conclusiones respecto de la relación entre la conciencia, la unidad y la claridad.

“Lo único que deseo es ver con claridad (6). He aquí su afán puesto en términos simples. Quizá porque él nunca olvidó a Plotino y tampoco al mediterráneo (7), uno podría pensar que la frase tiene su lirismo pero nada más. El amó siempre la luz que la naturaleza prodigaba a su Argelia y esto parece ser suficiente razón para juzgar su “afán de claridad” como un desliz poético. En realidad, la frase está dicha con cierta amargura epistemológica. Lo que significa es “yo habría deseado aprehender este mundo en categorías racionales precisas y resulta que él es irreductible a un principio racional”. Camus desespera de que alguna vez se pueda reconstruir “la superficie familiar y tranquila que nos daría la paz del corazón”. A lo sumo, cree que podría llegar a manejar ciertas imágenes del mundo, pero aún en ellas éste se le seguirá escapando. Es inasible y él lo dice entre tristezas: “He aquí también unos árboles cuya aspereza conozco, y un agua que saboreo. Estos perfumes de hierba y de estrellas, la noche, ciertos crepúsculos en que el corazón se

dilata. Cómo negar este mundo cuya potencia y cuyas fuerzas experimento?. Sin embargo, toda la ciencia de esta tierra no me dará nada que pueda asegurarme que este mundo es mío. Me lo describís y me enseñáis a clasificarlo, me enumeráis sus leyes y en mi sed de saber consiento en que sean ciertas. Desmontáis su mecanismo y mi esperanza aumenta. En último término, me enseñáis que este universo prestigioso y abigarrado se reduce al átomo y que el átomo mismo se reduce al electrón. Todo esto está bien y espero que continuéis. Pero me habláis de un invisible sistema planetario en el que los electrones gravitan alrededor de un núcleo. Me explicáis este mundo con una imagen. Reconozco entonces que habéis ido a par a la poesía: no conoceré nunca” (8).

Cuando Camus habla de claridad no quiere poesía sino certidumbres. Sabe que si no las tiene ya no será dichoso. Y es entonces cuando intuye que ya no será dichoso porque este mundo no es razonable. El quería claridad y esta superficie sobre la que vive es opaca a la razón. “El deseo de conquista choca con muros que desafían sus asaltos”. El absurdo, en uno de sus aspectos, no es sino el resultado de esta confrontación.

Hay algo más. La conquista de la dicha no es sólo un movimiento hacia la claridad. En este juego, la nostalgia por la unidad también tiene su parte. Según Camus, ella termina de ilustrar el drama humano. “Comprender es ante todo, unificar. El deseo profundo del espíritu mismo en sus operaciones más evolucionadas se une a la sensación inconsciente del hombre ante su universo: es exigencia de familiaridad, apetito de claridad. Para un hombre, comprender el mundo es reducirlo a lo humano, marcarlo con su sello (9). Las sensaciones del corazón y las operaciones de la conciencia apuntan a lo mismo, a una cercanía íntima con estos muros infranqueables entre los que un hombre debe vivir; pero esto es una “pasión inútil”. Nunca se salvará el abismo entre el deseo y la conquista. La unidad es imposible. Aún más, es innombrable pues: “Si afirmamos la realidad del uno, cualquiera que sea, caemos en la ridícula contradicción de un espíritu que afirma la unidad total y prueba con su afirmación misma su propia diferencia y la diversidad que pretendía resolver. Este círculo vicioso basta para ahogar nuestras esperanzas” (10). Este reclamo contra Parménides es también una confesión de impotencia.

Sin derecho a serlo, este universo se le ha vuelto extraño a la conciencia y al corazón. Sólo algunos “momentos perfectos” escapan a esta verdad terri-

ble. Es el caso de Janine, la “mujer adúltera de *El Exilio* y *El Reino*, quien experimenta fugazmente, a través de la noche y las estrellas del desierto, un contacto inmediato, casi un éxtasis, con el ritmo del cosmos. Oteando el horizonte de pie en la terraza de un fuerte, “Janine no podía arrancarse de la contemplación de esos fuegos a la deriva. Giraba con ellos y la misma marcha inmóvil la reunía poco a poco con su ser más profundo, donde ahora combatían el frío y el deseo. Ante ella las estrellas caían una a una; luego se extinguían entre las piedras del desierto, y cada vez Janine se abría un poco más a la noche. Respiraba, había olvidado el frío, el peso de los seres, la vida demente o helada, la prolongada angustia de vivir y de morir. Después de tantos años en que, huyendo del miedo, había corrido locamente, sin objeto, por fin se detenía. Al mismo tiempo le parecía reencontrar sus raíces... entonces, con una dulzura insoportable, el agua de la noche comenzó a llenar a Janine, sumergió al frío, subió poco a poco desde el centro oscuro de su ser y se desbordó en olas ininterrumpidas hasta su boca llena de gemidos. Un instante después, el cielo entero se extendía sobre ella, tumbada boca arriba sobre la tierra fría” (11). El relato es hermoso; pero es sólo el relato de una tregua. Un momento así es irrepitible y no basta.

El hombre absurdo es, en esencia, un extraño a este mundo que le niega sus deseos más altos: la claridad y la unidad. Estos habrían podido darle la dicha; pero el drama está en que su nostalgia choca cada momento con la certeza de que no se cumplirá nunca. Y entre sus anhelos y sus evidencias, con el corazón altivo y partido pues se sabe irrefragable, experimenta su extrañamiento como un verdadero mal para el espíritu.

4. Los excesos humanos

El absurdo es un mal sin culpable. El hombre que vive bajo su cielo no tiene nada que justificar. Su inocencia, sostiene Camus, es su punto de partida. Pero no sólo eso. Además, ella es una condición para mantener el absurdo. En ese sentido, cuando le piden que lo abandone, que salte, “todo lo que responde es que no comprende bien... querían hacerle reconocer su culpabilidad. El se siente inocente para decir la verdad, sólo siente eso, su inocencia irreparable. Ella es la que le permite todo. Así, lo que se exige a sí mismo es vivir solamente con lo que sabe, arreglárselas con lo que es y no hacer que intervenga nada que no sea cierto. Le

responden que nada lo es. Pero eso, por lo menos, es una certidumbre. Con ella es con la que tiene que ver: quiere saber si es posible vivir sin apelación (12). El hombre absurdo sabe que su único atrevimiento es ese apetito de absoluto que le ha sido negado. Quiere vivir pagando las consecuencias porque quiere ser un hombre sin trampas, cuya acción se rija según lo que sabe. Y esto no se le puede reprochar. Sin embargo, aunque nada le reprochen nada tampoco le consuela pues reconoce que la suya es una "inocencia terrible" (13).

Van a pasar unos años y Camus saca balances diferentes. El problema ya no será, como en *El Mito de Sísifo*, la claridad y la unidad negadas a un hombre inocente que no tiene mañana y que tiene que vivir con esa certeza. El punto ahora es: Hay alguna razón que justifique el que ese mal, con el que se podía vivir a duras penas pero con el espíritu en alto, se transforme en uno que ya no deja vivir, que humilla las almas y luego las mata, así, humilladas? La pregunta, en realidad, adelanta mucho. Antes de ella hay otras que la explican. En un universo injusto que no responde a las expectativas más altas del corazón qué regla se puede exigir? Qué regla hay en un orden irrazonable? Es que todo está permitido? Si no hay mañana qué le es dado esperar y por qué cosas le es dado luchar al hombre?

De la injusticia de la condición humana se pueden derivar morales diferentes. Aquí habría que detenerse y ponderar el peso de esta verdad. De hecho, Camus lo hace en varias de sus obras. *Cartas a mi amigo Alemán* es un buen ejemplo. Hablándole a los nazis, en un momento les hace ver que ellos y él, de un mismo principio han sacado consecuencias contradictorias. "Vosotros los nazis jamás habéis creído en el sentido de este mundo y habéis sacado de ello la idea de que todo era equivalente y que el bien y el mal se definían como lo quisiese uno... habéis deducido de ello que el hombre no era nada y que se podía matar su alma" (14). Unos párrafos adelante agrega: "Es que vosotros admitáis bastante la injusticia de nuestra condición para determinaros a añadirle otras mientras que a mí se me presentaba por el contrario el hecho de que el hombre debía afirmar la justicia para luchar contra la injusticia eterna, crear felicidad para protestar contra el universo de la desgracia" (15).

Estos últimos dos textos tienen su importancia. En primer lugar, es el mismo Camus, el que se explica respecto del modo en que la condición humana oscila entre la injusticia eterna y la humana. En segundo lugar, allí está sugerida en parte la que

llamaremos su "propuesta utópica". Habría que decir algo de ésta.

5. La propuesta utópica

Ya la condición humana es bastante triste como para que además tenga que rematársela. Si de todos modos los hombres nos morimos, no está bien que nos adelanten injustamente el desenlace. No es cierto, entonces, que en vista de que la dicha es imposible se deba ensalzar el mal. Aún bajo un universo de la desgracia la maldad nunca estará justificada. Si es inevitable la muerte entonces es injustificable el asesinato. He aquí el razonamiento utópico.

Una y otra vez Camus pregunta y exige que se decida si al dolor humano del desarraigo y el sinmañana se le debe añadir ese otro, más definitivo quizá, que se infligen los hermanos entre sí. Una y otra vez clama que si no se puede hacer nada contra una desgracia legada por los dioses, en cambio, debe rechazarse la que se heredan los hombres, porque no es necesaria a pesar de que pueble la historia humana como si en verdad lo fuera. Su tesis es que si bien este universo repugna no hay más salida que la solidaridad.

En la propuesta utópica de Camus es imprescindible el asunto de la cantidad. No porque se dedique, ingenuamente, a hacer sumatorias de males y dolores para luego sacar cifras contundentes. Es más bien que hace una ponderación de ciertos excesos, de ciertas arbitrariedades, para luego negarles sus razones. Y lo que busca, a fin de cuentas, es no acrecentar la inminente desdicha de la condición humana. Alguna vez los dominicos franceses le oyeron decir: "Estamos ante el mal y para mí es verdad que me siento un poco como ese Agustín de antes de su conversión que decía: "buscaba de dónde viene el mal y no lo encontraba". Pero también es verdad que sé, con algunos otros, lo que hay que hacer si no para disminuir el mal, al menos para no aumentarlo. No podemos impedir quizá, que en este mundo los niños sufran. Pero podemos disminuir el número de niños que sufren" (16). Así, pues, nada prueba ni justifica que se deba aumentar el sufrimiento bajo la certeza de que de todos modos es inevitable sufrir. Este argumento, nihilista en su fondo, es excesivo. Va más allá de lo permitido aún bajo el cielo de lo absurdo, pues éste "no autoriza todos los actos" (17), a pesar de que niegue la esperanza y la dicha.

En el fondo de muchos crímenes y actos de terror subyace la tesis de que en un orden absurdo los seres humanos son cosas de las que se puede

disponer. Es esta conclusión la que Camus no puede admitir.

En vez de ella, él parece sacar una más alta que le exige al hombre ser más que su condición. Esto y no otra cosa es lo que expresa una de sus más bellas confesiones: "Sigo creyendo que este mundo no tiene sentido superior. Pero sé que algo en él tiene sentido y ese algo es el hombre: porque es el único ser que exige el tenerlo. Este mundo tiene por lo menos la verdad del hombre. Y nuestra tarea es la de darle sus razones contra el destino mismo" (18).

6. Los balances de la culpa

Las *Actualidades* y *La Caída* son un balance de la culpabilidad humana. Ellas evocan un tiempo donde "la complicidad era total", y la inocencia una cosa imposible. Sin embargo, defienden el punto de que al hombre no se le puede cobrar todo. Hay un mal, aquel mal indeterrable del absurdo, de cuya existencia no se le puede hacer reproche. De modo que la suya es una culpabilidad relativa. Entonces "nadie es ni puede ser absolutamente inocente o culpable" (19). Por eso, la propuesta utópica de Camus admite no pretender para el hombre una inocencia imposible sino una culpabilidad razonable, que es la de ignorar que en este mundo absurdo la única salida es la rebelión, que intenta devolver a los hombres lo que les ha sido negado por los dioses y las ideologías totalitarias.

La única esperanza de Clemence, el "juez penitente" de *La Caída*, es que todos los hombres sean culpables. En un tiempo donde el juicio final se verifica todos los días, él se adelanta y se acusa, acusando con él la humanidad. Su argumento es que "puesto que todos somos jueces, somos culpables unos frente a otros". Por eso dice ser un juez penitente. Practica la confesión pública y se acusa larga y ampliamente. Y en su confesión pronto pasa del yo al nosotros. El acusarse, entonces, le da el derecho de acusar. "Puesto que no se podía condenar a los otros sin juzgarse a sí mismo en seguida, era menester que uno mismo se abrumara, para tomar el derecho de juzgar a los demás" (20). Dice hacer lo de Copérnico, invertir el razonamiento para triunfar.

La condición humana, en *La Caída*, no es sino ese juego entre una inocencia fingida y una acusación mutua despiadada. Aunque cada uno esconda el suyo propio, cada uno también puede dar fe del crimen de todos los demás. Juan Bautista Clemence, sin embargo, empieza ventilando su propia

culpa para luego extenderla a todos y quedar, en cierto modo, libre de ella.

En los juegos morales y políticos nadie es absolutamente inocente. Todos tienen su crimen. Esto es lo que parece decirle un viejo mendigo a Clemence cuando le toma la mano para sentenciar: "Hemos perdido la luz, las mañanas, la santa inocencia de quien se perdona a sí mismo" (21).

NOTAS

(1) Véase la introducción a *El Hombre Rebelde*.

(x) Los adjetivos "metafica" y "metafísica", referidos a su valoración del mundo y al clima de su obra, están puestos así, entre comillas, a fin de que exijan ser explicados. Pues bien, propiamente hablando, Camus no desarrolla un sistema metafísico. Lo que hace es más bien sugerir y utilizar algunos principios de corte metafísico respecto del sentido del mundo y de la condición humana. Bajo el mismo principio, habría que agregar que tampoco desarrolla un sistema moral o un sistema político.

(2) Cupani, A. "El hombre y el mal en el pensamiento de Albert Camus". En *Universitas* No. 25, 1972.

(3) Sin embargo, el absurdo todo lo explica. Para Camus, es el estado metafísico del hombre consciente que sabe sus límites y lo que le es esperable en un mundo sin salida.

(4) Camus, A. *El mito de Sísifo*. p. 50.

(5) Cupani define la desmesura como un olvido injustificable de los límites de la condición humana.

(6) Camus, A. *El mito de Sísifo*. p. 96.

(7) Véase de Blanche Knopf. "Mis recuerdos de Camus" en *Asomante* No. 1, 1961. Originalmente se publicó bajo el título "Camus in the sun" en *Atlantic*, febrero de 1961.

(8) Camus, A. *El mito de Sísifo*. p. 29-30.

(9) *Op. cit.*, p. 27.

(10) *Op. cit.*, p. 27-28.

(11) Camus, A. "La mujer adúltera". En *El Exilio y el Reino*. p. 28.

(12) Camus, A. *El mito de Sísifo*, p. 63.

(13) *Op. cit.*, p. 78.

(14) Camus, A. *Cartas a un Amigo Alemán*. Carta IV p. 248, En *Obras Completas*.

(15) *Ibid.*

(16) Camus, A. "El no creyente y los cristianos". En: *Moral y política*. (Actualidades I), p. 149.

(17) Camus, A. *El Mito de Sísifo*, p. 78.

(18) Camus, A. *Carta IV*. p. 249.

(19) Camus, A. *El Hombre Rebelde*. p. 107.

(20) Camus, A. *La Caída*. p. 106.

(21) *Op. cit.*, p. 124.

BIBLIOGRAFIA

- Bayon, Carlos. "Albert Camus". En: *Asomante* No. 1, 1961.
- Bree, Germaine. "Albert Camus 1913-1960". En: *Asomante*. No. 1, 1961
- Camus, A. *Cartas a un Amigo Alemán*. En: *Obras Completas*. Aguilar. *El Exilio y el Reino*. Alianza Editorial. *El Extranjero*. Alianza. *El Mito de Sísifo*. Editorial Losada. *El Hombre Rebelde*. Alfa Omega. *La Caída*. Alianza Editorial.

Moral y Política. (Actualidades I. Crónicas 1944-1948), Alianza Editorial.

Cupani, A. "El Hombre y el Mal en el pensamiento de Albert Camus". En: *Universitas* No.25 abril-junio 1972.

Herra, R. A. *Lo monstruoso y lo bello*: San José: Ed. UCR, 1988.

Knopf, B. "Camus in the sun". Atlantic, febrero 1961. Citado en *Asomante*, Vol. 17. No. 1. 1961, bajo el título "Mis recuerdos de Camus".

Freile, G. *Historia de la Filosofía*. B.A.C. volumen I.

Pollman, L. *Sartre y Camus: Filosofía de la Existencia*. Gredos.

Alexander Jiménez M.
 Centro Regional del Atlántico
 Turrialba
 Costa Rica